

Óigase su narración parca, de sujeto de obra y hecho; no todo es número y grados; de repente el interés acrece de un modo vibrante, y en medio del silencio polar, fijaos cómo el doctor canta en cuatro líneas la llegada de la primavera.

TRADUCCIONES

Fiestas primaverales.

Una dalia.

Cortesana de duro seno, de ojo opaco y obscuro, que se abre lentamente, como el de un buey: tu gran torso reluce como un mármol nuevo.

Flor gorda y rica, a tu alrededor no flota ningún aroma, y la belleza serena de tu cuerpo desenvuelve, mate, sus impecables acordes.

Ni aun a carne trasciendes, salvo que al menos exhales la que van removiendo los héroes; y tú te entronizas, ídolo insensible al incienso.

Así la dalia—rey vestido de esplendor—eleva sin orgullo su cabeza sin perfume irritante en medio de los jardines incitativos.

Flores de Ofelia.

¡Flores sobre flores! Flores de estío, flores de primavera, flores descoloridas de noviembre, vistiendo la pena de los adioses —y en los trenzados los crisantemos—; los lotos reservados para la mesa de los dioses; los lises altivos entre las espesuras de amarantos, irguiendo con orgullo sus tirsos radiosos; las rosas de Noël, de palideces transparentes, y después todas las flores enamoradas de las tumbas, violetas de los muertos, helechos olorosos, asfodelos, soles heráldicos y bellos, mandrágoras que gritan con voz sobrehumana al pie de los patíbulos negros que frecuentan los cuervos. ¡Flores sobre flores! ¡Deshojad flores! Que se paseen incensarios floridos sobre la tierra en donde, allá lejos, duerme Ofelia.

lia con Lady Rawena de Tremaine. ¡Amor! ¡Amor!
Y sobre sus frentes, que tú inclinas, haz rodar
la púrpura extática de las rosas, semejante a la
sangre alegre vertida en los combates. Antes
cantaban ellas, vírgenes rosadas rubias, los
amantes de los días que no renacerán nunca,
bajo sus vestidos, tejidos con oros finos y argi-
rosas. ¡Oh lejanas dulzuras de las primaveras
concluidas! ¡Apertura auroral de las ideas! ¡Puer-
ta del cielo ofrecida a los labios de los elegidos!
¡Las vírgenes hoy, muertas o poseídas, están le-
jos, muy lejos! La esperanza ha caído de nues-
tros corazones, como las ramas podadas de un
árbol.

Y la sombra, y los pesares, y el olvido, son
los vencedores.

A través de los iris y juncos, Ofelia abandona
su alma a los arrulladores murmullos del río,
único testigo de su melancolía. Y he aquí que en
el fondo de la verdosa espesura suenan confu-
samente arpas cristalinas, atrayendo con sus rit-
mos obsesores. El oro difuso del sol empurpura
las colinas por el lado del castillo de Elseneur,

y las torres que comienzan a obscurecer las ti-
nieblas. La noche felina, con su traje de terciopelo,
arrulla a las aguas, los valles profundos y
los cielos tristes, y con los sauces ruidosos esfu-
ma los contornos. Y las nubes rojas del Ponien-
te fingen colinas que trepan, lanza en puño, los
bárbaros caballeros que espolean el vuelo furio-
so de los unicornios. Luego, la dama que sueña
con los juramentos olvidados, canta entre dientes
un *vireylay* muy antiguo. La demencia extiende
sobre su frente multiplicados duelos. ¡Flores so-
bre flores!

Los sollozos cortan su romanza mientras que,
con los cabellos coronados de jazmines, se incli-
na hacia los juncos del río inmenso. Los Nixos,
cerca de la orilla le señalan el camino, y tranqui-
la, al curso de la onda en las glaucas praderas,
desciende con nomeolvides en la mano. Y es
entonces que las flores palustres sobre sus pu-
pilas apagadas pondrán el dictamo adorado del
ensueño.

Los nenúfares.

(Barbey D'Aurevilly.)

Allons, bel oiseau bleu, venez chan-
ter votre romance a madame...

(Suzane.)

Vous ne mettez jamais dans votre
flore amoureuse le nénuphar blanc
qui s'apelle...

(Une première lettre.)

I

¡Nenúfares blancos, oh lirios de las aguas límpidas, nieve que surge del fondo de su azur, que adurmiéndoos sobre vuestros tallos húmedos, tenéis necesidad, para dormir, de un lecho puro! Flores de pudor, ¡sí!, sois demasiado altivas para dejaros cortar... y vivir después. ¡Nenúfares blan-

cos, dormid sobre vuestros ríos, y no os cortaré jamás!

II

Nenúfares blancos, flores de las aguas soñadoras, si soñáis, ¿en qué soñáis? Pues para soñar os es preciso estar enamoradas, os es preciso tener el corazón enamorado... o celoso; pero vosotras, ¡oh flores que el agua baña y protegél, para vosotras soñar... es aspirar el fresco. ¡Nenúfares blancos, dormid en vuestra nieve; yo no os cortaré jamás!

III

¡Nenúfares blancos, flores de las aguas adormecidas, flores cuya blancura da frío a los corazones ardientes, que os hundís en vuestras aguas desentibiadas cuando el sol luce, nenúfares blancos! Quedad ocultos en los ríos, en las brumas, bajo los sauces espesos... ¡De las flores de Dios sois las últimas! ¡Yo no os cortaré jamás!

La canción de las rosas.

(Robert de la Villehervé.)

Encanto de los ojos extasiados, los rosales divinos, los rosales no darían tantas rosas, si no fuese la juventud en flor que, rota, después del dolor, renace y revive en las cosas.

Las rosas de púrpura o de plata que junio, artista diligente, reviste con los colores de la vida, en su brillo, en su palidez, son la metamorfosis en flor, de una niña arrancada por la muerte.

Y por eso en los repliegues de sus pétalos delicados, obstinadamente la rosa oculta—como las vírgenes el suyo—su corazón de oro, gloria de la flor, su corazón invisible, sin mancha.

Y por eso en los rayos del sol, cerca de ella,

las mariposas azules revuelan querellándola y la aman mujer, la aman flor, y el claro enjambre acariciador quisiera aún morir por ella.

Y por eso la fresca mañana, bajo la seda y el raso, hace para adornar la flor querida, una perla de cada lágrima y una estrella de cada perla.

Crisantemos.

(Henri Corbel.)

Flores que vertéis el olvido de los odios obstinados, vosotras dejáis sobre nuestros corazones el pesar de los bellos días, viniendo a inspirar nuestros últimos amores: vuestros rayos son el adiós de las estaciones afortunadas.

Crisantemos, perfumes de nuestros años de jóvenes, vuestros ojos son dulces como los de los trovadores; en vuestros pétalos de oro, en vuestros encantadores atavíos, nacéis en los umbrales de los graves destinos.

Y vuestro brillo discreto no es sino divino.

Al declinar el día, cuando la luz expira, cuan-

do la brisa suspira y corteja al gran bosque, vos-
otras arrojáis, risueñas como un dios Silvano,
vuestras canciones en la faz de los brumosos
otoños, llamando los besos de los soles monó-
tonos.

Las flores.

(Mallarmé.)

De las avalanchas de oro del viejo azur, en el
día primero, y de la nieve eterna de los astros,
sacaste— ¡oh, Padre! — los grandes cálices para
la tierra, antes sacasteis joven aún y virgen de
desastres.

Así la fiera gladiola, como los cisnes de cuello
fino y ese divino laurel de las almas desterradas,
bermejo como el puro dedo del pie de un serafín,
que enrojece el pudor de las auroras holladas;
así el jacinto, el mirto de adorable brillo y seme-
jante a la carne de la mujer, la rosa cruel, Hero-
días en flor del jardín claro, aquella que riega
una sangre soberbia y radiosa.

¡Y tú hiciste la blancura sollozante de los lises
que, rodando sobre mares de suspiros, a través
del incienso azul de los pálidos horizontes, sube,
en un ensueño, hacia la luna que llora!

¡Hosanna en el sistro y en los incensarios,
Padre nuestro, hosanna del jardín de nuestros
limbos!

¡Y concluya el eco por las celestes tardes,
éxtasis de las miradas, scintilaciones de los
nimbos!

¡Oh, Padre que creaste en tu seno, justo y fuer-
te, cálices balanceando la futura redoma, grandes
flores con la balsámica muerte, para el poeta
fatigado a quien la vida debilita!

FIN

IN MEMORIAM